

Nº 01



TALLER DE ESCRITURA
con perspectiva feminista

¿De dónde sale este Fanzine?

2

Desde la Asociación Otras Narrativas y el espacio de formación Alharaca, de la Editorial Avenate, hemos creado un taller donde pensar la escritura con perspectiva feminista.

Y desde este encuentro de mujeres nace un fanzine colectivo, para reconocer el potencial de la construcción colaborativa, la politización de nuestros relatos y la autogestión.

Ilustración de @maria_lapido

Maquetación: Laura Badia

Otras Narrativas

Entidad que nace con el objetivo de transformar y deconstruir desde lo local aquellos discursos que crean violencia y poder generar alternativas contra-hegemónicas que den valor a lo colectivo, la autogestión y la justicia social.

Otrasnarrativas.org

@otras_narrativas

3

Editorial Avenate

AVENATE es un proyecto editorial que quiere ser una pequeña pieza en esto de “la revolución de la boca”, es decir, en la revolución de darnos la voz unas a las otras. Nos hemos dado cuenta que aún no están escritos todos los libros, reflexiones y versos que necesitamos para autorelatarnos.

Editorialavenate.com

@editorialavenate

Las flores que dejó sobre el suelo ya se han marchitado. Están arrugadas y descoloridas como sus ojos el día que las compró. Las mira fijamente y no es capaz de moverse. El sudor le chorrea por la espalda y una arcada antigua le corrompe la garganta. De nuevo, el hormigueo en la sien se la lleva a rastras al desván de la memoria, donde todavía existe un lugar para ella. Consigue agacharse. De cuclillas, toca las flores con la punta de los dedos, un relentí le acaricia el cuello, el mismo que sentía cuando su abuela ebria la puerta del patio en invierno para coger unas naranjas. Se paraliza de nuevo, un escalofrío le brota de las entrañas, un dolor jondo y nauseabundo se le mete por el cuerpo y se acuerda del chillido que pegó su hermana cuando entro por la puerta de la iglesia la caja a hombros de sus primos. Todavía siente en su pecho llanto secreto y silencioso de la despedida. El tiempo se suspende y se queda inmóvil, ya sentada en el suelo con y las mirada perdida en el antes, que era otra cosa. Lejos en un rincón de sus entretelas, se acuerda cuando todavía

era chica y correteaba por esa cocina de pueblo y las faldas de su abuela eran hogar y calma.

Detrás de ese cuerpo encorvado, Rosa está de pie, solemne y con cara de extrañeza. Hubiera preferido ir sola pero, su novia insistió tanto que al final accedió a que la acompañara. Como si estuviera sola, ahí está ella, ajena al mundo, con las flores secas en las manos, los ojos llenos de lágrimas y un grito ahogado desde que ha leído el nombre de su abuela en la lápida: Concepción Machuca Sojo.

Rosa, le toca el hombro y con un susurro dulce y sereno le invita a que se levante. Pero ella no puede, ya sabe que su abuela era vieja, que es ley de vida, le dice la gente. Lo sabe pero ella no puede. Y tampoco quiere. Porque su abuela era su amiga y lo único que le quedaba en el pueblo, su refugio. No se imagina la vida sin su abuela sin su olor, sin su arroz con leche, sin su risa y sin sus historias. No concibe la vida sin ese patio que no ha vuelto a pisar, pero que sabe que tiene las flores tan marchitas como las que tiene entre sus manos.

**LA PROTAGONISTA, LA ANTONISTA, LA MENTORA Y OTRAS PERSONAJAS
DEL BARRIO BUSCAN AUTORAS PARA QUEBRAR ESTEREOTIPOS DESDE LAS
GRIETAS DEL GÉNERO TONTO**

**NENA BAKARRIK EZIN DUZU
LAGUNEKIN BAAAI!!**

Es tibaliz abre la ventana de su dormitorio a la plazuela de Artexu. A ambos lados de su edificio hay otras dos comunidades vecinales con sus ventanas, y al frente, como si de la cuarta pared de un teatro se tratara, las escaleras descendentes hacia la calle Encarnación. Está mirando absorta ese escenario cuando unos gritos le sacan de su contemplación.

CRistina, un día más, sale a la ventana del primero del número 17. Su chaqueta roja sobre el fondo del edificio verde es tan hermosa, como hermoso ese arrebato de locura de todas las mañanas, despertando a sus queridas vecinas: "¡zorras! ¡despertad putas todas!". Qué deliciosos buenos días.

VEAH! **TU**lla agradece el despertador particular en el que se ha convertido su vecina de enfrente. Si no fuera por ella, no tendría ningún motivo para levantarse en esa su casa en la que ya no están más sus churumbeles. Se le hicieron grandes y la dejaron con un montón de tiempo y pocas energías. Abre la ventana y espera a que su vecina de al lado le dé la réplica a la dulce

Cristina.

RAquel no traiciona el guión diario y allí va con su tono tranquilizador a decirle a Cristina que si no es adecuado insultar a otras mujeres, que por favor que se tiene que tranquilizar, que si tiene que respetar a las otras personas, que si tiene que pensar en el vecino de arriba que está enfermo y necesita descansar, y que si patatín y que si patatán.

FErmanda interrumpe el sermón con un brusco levantar de persiana sobresaltando a la predicadora Raquel, y ya antes de abrir la ventana se la oye en modo directo: —Al vecino Manolo le pueden dar pomada. Pa' que me oiga él: ¡PO-MA-DA! ¡Grita bien alto, Cristinal que bien conocemos en el barrio los motivos que te dio el Manolo para tus gritos de rabia—.

MIren, mientras tanto, cual narradora omnisciente que todo lo ve y en nada se moja, ha abierto la ventana más alta de todas, la atalaya de la plazuela. Dignamente, sin pringarse en la escena arrabalera, se toma *selfies* taaaan ideales. Queda taaaaan cool en su perfil de instagram las fotos con el hashtag *#barrio #mujeresreales*.

NISbeth que ha llegado hace poco al barrio, sube las escaleras escuchando el griterío y observando a Miren armada con su móvil que en ese justo momento está apuntando la cámara hacia su cara de *Barbie Influencer* con la plazuela Artetxu de fondo. Nisbeth, viendo que quizá haya suerte y salga en el encuadre, se agarra el coño con una mano y saca el dedo corazón de la otra bien levantado mientras piensa: "Maldita racista que no saludas por la escalera".

TAma pondrá fin a esta escena. Abrazando desde atrás a Estibalz y todavía con la sensación corporal de los múltiples placeres de la noche pasada juntas, decide escribir sobre todas ellas y ponerlas en relación en un cuento trepidante y bello de final abierto.

Nostalgia

Algunas noches se acerca a la playa. El sonido del mar y el romper de las olas, la embruja. El olor salado penetra por todos los poros de su piel y le deja ese regustillo a sal, qué tanto le gusta en los labios. Mariana saborea el momento. Disfruta de ese instante y se tumba boca arriba.

La oscuridad del mar se confunde con la oscuridad del cielo. Una luna redonda, aderezada con estrellas tintineantes, cuelga del cielo. Cierra los ojos. Por un momento, imagina que cada uno de sus sueños está en su sitio.

...

- Cuéntame, otra vez, cómo llegaste a esta orilla.

Mariana escucha con nostalgia su voz. Ese hilo de música que una vez la guió, y que ahora le cuenta cómo está viviendo su sueño.

Mientras ... Mariana se aferra a su naufragio.

- Volviste para rescatarme? ... Quizás nunca llegaste. Quizás, soy el reflejo de una sombra. Algo que fue y se marchitó.

...

Mariana observa las estrellas

- ¿A dónde van las cosas tristes, cuando no están?

...Quizás se transforman en estrellas para así poder permanecer ahí arriba. Inmóviles, intocables y ajenas a lo que nos pasa aquí en la tierra.

...

Lenteja

Mi cuerpo es una lenteja abandonada
en el planto de la infancia común que labré,
mis brazos son mazorcas de diamantes
y mis muñecas aprendieron a crujir
antes que andar por otros cuerpos de paja.

La mujer que soy se pellizca los muslos
y de la sangre que emana pinta cuevas
hace el odio con ojos y manos
que la ataron a la cruz del sacrificio
que es su vulva.

De la vulva brotan bulbos de río trucha.
Mareas en las ojeraz. Flujo de dientes rotos.
Coso mi cuerpo y cicatrizo el recuerdo
de aquel asco que recolecté en mí.

Mas si pudiera sería una lenteja bajita,
de pecho plano, papada cascada
y piernas más cortas que las revoluciones
que jamás
se haga de mis intenciones comida
para alimentar a los hijos
que no recibieron un beso antes de dormir.
Que mi alacena sea sepultura
y queden al borde del plato mis amigas
y recen una oración feminista y burda
para blasfemar el cuerpo que no quiso ser.

Y aprenda la lenteja a ser redonda.

Y aprenda el círculo a encuadrar.

Y sean ellas quien me salven del chorizo,
de la tortura de fingir y vestir de dolor.

Y en un potaje de zanahoria bañémonos
hasta lamernos el clitoris de cebolla roja.

Entre, con, para, por nosotras
que sin, según, sobre ti.

Lentejita con lanzas de antiheroína,
Diana castellana barquera a su tierra llana.

Desnuda ante un ojo que no juzga,
me guardan como oro en paño las hadas.

Mis amigas cuidan de la legumbre que seré
y a ellas les diré comed, hermanas, comed,
devorad todas del jugo de mi lenguaje.

Bueno, pues aquí estamos. A mi no me vais hacer llorar, hijos de puta. Sé lo que le hicisteis a Miss Belly, pero a mi no. Ahora, también te digo, poco ha tardado la otra en cogerse su bajita pa lo que queda de curso. Claro que sí, ole su pussy. Pues a ver cómo lo hacemos. La primera impresión es importante, que no te vean como un rival débil. Ahora están calladitos, míralos, qué atentos. Parece que me van a hacer un traje. Están buscando cualquier resquicio para saber por donde entrarme. Por eso, tú tranquila, Adelaida. Sonríe, pero no mucho. Cuánto más tiempo le estén dando vueltas, mejor.

10 Venga, presentaciones. Nombre y algo divertido que hayáis hecho últimamente. No me voy a acordar ni de la mitad, pero por lo menos veo de qué palo va cada uno. Este es un buenazo, pero más bruto que un arao. Es que ni el verbo to be, mi vida, que llevan diez años repitiéndotelo en clase. Siguiendo. Ajá. Claro que sí, máquina. ¿A quién no le va a gustar echarse un monster con su cachimbón de fresa? En fin, con la tontería ya han pasado quince minutos, ya queda menos. Vamos con el workbook, que sé que teníais tarea. Tú, el de la cachimba de fresa, ¿cual era tu nombre? Pues venga, dale. Oye ni tan mal. No daba un duro, eh. Si es que tontos no sois. A ver, ¿quién hace el siguiente? Ea, pues estos son los motivados. Venga, bonita, dale. Anda hija que te has lucido.

Pues nada, ahora hacéis la página siguiente. Y calladitos, que yo por lo menos quiero aprovechar el tiempo.

¿A qué huele? Será verdad. Hija mía, ¿pero qué haces? No, no te puedes pintar las uñas mientras lees el reading. Porque no, y guarda eso o me lo quedo, que el color me gusta y yo tendría que hacerme las uñas pronto. Es que me parece increíble. La niña, con el coño... multitasking. Claro que sí, guapi. Dios mío, menos mal que ya solo quedan veinte minutos. Corregimos, me invento dos preguntas más y acabamos con esta tortura. ¿Y ahora qué? No, no puedes. Esperas que acabe la clase. Que me da igual, chaval, a tú sitio. Y la próxima vez, preguntas antes de ponerte de pie. A mi no, niñatos, a mi no.

¡Silencio! ¿Qué ha sido eso? Un móvil, claramente, pero no sonaba a tono de llamada ni notificación. ¿A qué estáis jugando, cabrones? ¡Otra vez! ¡Eso es de la intro de Aquí no hay quién viva! ¿Pero qué os ha dado, si esa mierda es más vieja que vosotros? ¿De verdad me vais a hacer esto a cinco minutos de acabar la clase? Pues de aquí no se va nadie hasta que no salga el gracioso. Un poquito de tus muertos, so majarón. Me vais a comer el jigo, por listos, que sé que os habéis compinchado. ¡Pues nos morimos de hambre! ¡Claro que sí! ¡Antes muerta que dejaros pasar por encima mía!

Aceites esenciales

Hoy el día se me hace bola. Los pinchacitos nacen en la parte de abajo de la espalda y son viajeros, sobre todo el que hace visitas relámpago a mi tobillo izquierdo, siempre para arriba y para abajo, para arriba y para abajo. Me gustaría encogerme hasta que pase, no moverme nada para aplacar esa furia vertebral, pero como no puede ser, me he tomado la pastilla a ver si se calma todo.

12

Tengo frío y al encender la estufa, el fuego de las primeras llamas tiene la misma furia que mis pinchacitos y corre con su misma prisa a quemar los aceites que se secaron en las cáscaras de naranja escondidas en la ceniza y que huelen tan bien. Cuando han prendido del todo, he metido una parte del tronco de olivo que salvé de los que tenía mi madre para hacer la cueva del portal de Belén y ahí sí que ha empezado una fiesta de chispas bellísimas, diminutas e incansables que se estrellan contra el cristal.

Me quedo extasiada ante ellas mientras siento que mi cabeza se está haciendo muy redonda y muy grande, tanto que tengo que sujetarla con la mano. Crece y crece pero no pesa demasiado mi cabeza globo. Yo estoy a gusto así, con un sitio tan amplio para el cerebro y limpio como un salón escandinavo. La vista se me sienta en una silla de color crema muy bonita, una järvfallet, creo, y juega a darse vueltas girando como en un ti vivo.

A la tercera vuelta descubro la masa que lleva tanto tiempo buscándome. Me ha encontrado y sé que hoy no hay escapatoria. Antes le había dado esquinazo en un apartadero del túnel que tengo que cruzar ahora para ir a trabajar y ella había pasado de largo dejándome apenas un hueco para respirar. Ayer se tragó el tren que circulaba por donde yo iba a cruzar pero la vi a tiempo para huir. Las vías se quedaron perdidas de su nata viscosa. Sin embargo, hoy viene llenando todos los huecos de la casa y sé que voy a entrar en su cuerpo de crema densa donde sus blandos abrazos me harán nube de su nube y nada de su nada.

13

Lástima perderme la fiesta de la estufa. A mi madre también le hubiera gustado el brillo de las centellas, que tanto se parecen a las de los pinos cuando ardieron el año pasado, llevándose la también a ella, que decía a los que trataban de evacuarla al polideportivo del valle: Calla, que no me dejas ver.

Mi batallón

Tengo una legión de señoras a mi alrededor.

Tengo un ejército de comadres que sostienen mi mundo.

Ellas sacan pecho, dan teta,

preparan tapers y me guían.

En vez de cargar metralletas

van armadas con paciencia.

Son las que tejen, almidonan, limpian y custodian.

Son las que curan con mercormina mi día a día.

Son señoras y son todas mías.

Visten bata, candora, camisón,

vestido, mambo, mayas o pantalón.

Distintos uniformes conforman las filas de mi batallón.

ESCENA 1

Se la ve a Ella sonriente, son las ocho de la tarde, está a punto de salir de casa. Una última mirada al espejo por delante y gira para verse por detrás con la cabeza ladeada, las manos acomodan el bonito “tu tú” que, sobre su cuerpo, la viste para la cita, ha decidido comprarlo azul.

El corazón acelerado, la cabeza clara, la alegría en el estómago, la soledad ahuyentada.

ESCENA 2

Él y Ella en silencio, sentados uno a cada lado del sofá que ocupa casi toda la pared frente al inmenso ventanal, metro y medio entre los cuerpos. El gato, sobre el mueble de haya del fondo donde está la enorme colección de cds con la balda central de los de Led Zepelin, permanece indiferente.

Ella acariciando aun su “tu tú”, el cuerpo rígido, la sonrisa sigue, parece pegada.

Han decidido, quizá, ir a casa de Él. Es un escenario muy bonito, de dinero, con suelo de madera, un loft en el centro, muy pocos muebles. ¡Sí, claro, nos vemos en tu casa!, en la conversación por whatsapp de la noche antes, es que estoy cansadito, dice Él; Ella lanza algún emoticono que expresa comprensión e ilusión.

Él ha salido a fumar a la terraza.

El silencio es tal, que podemos escuchar a Ella que susurra para sí misma sin darse cuenta, podría preparar algo de picar, no sé dónde están los cuencos que sacó hace unos meses que dijo que le trajeron de la India, eran muy bonitos, debería haber traído yo algo para picar.

Encima de la mesa está la botella de vino que Ella ha llevado, se puede ver en la etiqueta Gran reserva. Lo ha elegido a conciencia.

Sigue el soliloquio mientras espera que él acabe su cigarrillo, si bebo sin comer nada se me va a subir o me voy a caer de sueño; es viernes y Ella ha tenido también una semana muy completa.

Él no conoce la casa de Ella, nunca van allí.

Ella se descalza y sube, con discreción, los pies al sofá, se abraza las piernas tratando de estar cómoda, sexy, y sus ojos buscan alrededor. Con voz juguetona y algo infantil, mientras Él cierra la puerta de la terraza por la que ha entrado un frío tremendo, ¿Tienes hambre?, puedo preparar algo. Carraspea.

Por ella está casi todo bien. Se ahueca el “tu tú” que deja sus piernas con las medias al descubierto, parece que se ha quedado dentro el frío, se cubre las rodillas con el jersey. La sonrisa pegada al rostro.

Él, mientras, juega entretenido con su “yo yo”, arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo; al oír su voz, parece aterrizar. La cuerda se le enreda, el movimiento se corta.

- ¡Ah, bueno, cómo quieras!, mientras gira el disco del “yo yo” sobre sí mismo.

- ¿Prefieres salir? O, Ella sonríe sugerente, quizá ¿ir a la cama?. Su voz empieza a escucharse muy bajito.

16

Él parece mirarla de pronto, pero la dirección de la mirada la atraviesa y llega hasta el instrumento que se intuye colocado sobre un apoyo, cubierto con una funda de terciopelo, costó 5000€.

- Creo que voy a tocar un rato, es lo que más me relaja.

Ella, con la sonrisa pegada.

Él, se aleja y se cierra. En el cuarto de las guitarras empieza a sonar un fragmento de música. Una vez y otra, Do, Sol, Re, Do Sol, Re, Do, Sol, Re, Do, Sol, S o l

Ella, la mano quieta sobre el “tu tú”, está recio, arrugado, le aprieta la tirilla en la cintura. Se le ha dormido un pie. Se nota que, igual tiene hambre. Si, tiene hambre. Ganas de follar, ya No.

La mirada del rostro de aquel pequeño cuerpo rígido con un estómago sonando, recorre la habitación, pasa sobre un gato, una amplia terraza, unos pocos muebles caros, unos cuadros de PopArt, el estómago le devuelve un sabor agrio, ninguna foto, nada fuera de lugar, todo en su sitio. Los ojos de aquel rostro antes sonriente en un cuerpo bello, se tropiezan con el “yo yo” que ha quedado reposando sobre el sofá. Lo toma, no sonríe. Tiene hambre.

De espaldas al inmenso cuadro que refleja una imagen chillona de una mujer con pelo amarillo y pechos rosados, con cuidado, se va quitando el “tu tú”, se frota calmando el picor de la cintura liberada, el “tu tú” queda diluido sobre el sofá, ahí lo deja, ahí en el lugar en el que descansaba el “yo yo”.

Sale, se va a comer, tiene hambre, el sonido de la puerta al cerrarse queda oculto por un Re o quizá un Do o un Sol.

ESCENA 3

La mirada de Ella, ¿parece pícara?, la cabeza recta, todo su cuerpo ocupando el espacio sobre el espejo del ascensor; se atisba un movimiento lento de la mano izquierda en el bolsillo del abrigo, juega con el “yo yo”.



9/12

Comunicación

Diciembre del 2003

Rosa es una bebé de un añito y dos dienteitos, con una cabeza llena de ideas y un corazón lleno de amor. Está en el regazo de su abuela Luz, que la envuelve en un abrazo tan grande como el amor que las une. En los últimos tiempos, Rosa ha empezado a decir algunas sílabas y palabras. Ahora, en la calidez del abrazo, no tiene ganas de hablar sino de quedarse dormida. Se va amodorrando y queda dormida, y sueña que le dice a abuela Luz frases subordinadas que aún no puede componer pero que sabe que existen, porque se las ha oído a ella, porque las atesora para cuando el tiempo pase y pueda combinar así de bien las sílabas y devolverle el mensaje a abuela.

Luz es una mujer de cuarenta y nueve años, con una cabeza llena de ideas y un corazón lleno de amor. Tiene en su regazo a Rosa, la luz de su vida, y la envuelve con todo su amor. Desde que nació Rosa, Luz le habla en tono suave con frases completas, siente que la niña la entiende.



Natalia Villar Conde

Diciembre del 2013

Rosa escucha a Luz contarle otro cuento. Rosa ya tiene 11 años y se siente mayor para cuentos, pero no le importa que Luz le lea otro. En los últimos meses, Luz le ha leído cada vez menos cuentos, y algo le dice a Rosa que quizá este sea el último.

Luz le lee un cuento a Rosa. Es el penúltimo. El último cuento que le cuenta es que está bien.

Diciembre del 2023

Rosa intenta escribir. Intenta escribir la historia de abuela Luz. En los últimos diez años ha escrito diarios y pequeños relatos. En algunos le escribía, pero hoy no quiere escribirle, quiere escribir/a. Hoy se cumplen diez años desde que se fue.

Abuela Luz, mi luz, mi guion, mi tinta, mi papel, mis ideas, mi punto y seguido, mi cuento favorito.



Nicasia y su rumbo

Nicasia es de las diminutas, la más diminuta, es muy sociable, valora mucho la amistad y pernocta en una comuna junto a sus queridas amigas.

Sus jornadas transcurren yendo y viniendo, parecen sin rumbo, sin sentido, desde el amanecer recorre con gran agilidad varios kilómetros al día.

Ella, al igual que hace el resto, camina, camina y camina, persigue a sus iguales. No está segura de a quién debe seguir, pero intuye que eso es lo que debe hacer.

20

Es rápida y vivaz, gira a la derecha, a la izquierda, lo mismo vuelve para atrás, que sigue hacia delante, ¡qué locura no poder saber a quién seguir!

La separación de sus ojos le permite tener una mirada tan divergente que le otorga una gran capacidad visual, no hay detalle ni movimiento que se le escape a su alrededor.

Y claro, ahí está ella con su cuerpecito negro y ligero persiguiéndolo todo.

Y fue así, como buscando y buscando, encontró su rumbo y decidió no hacerle a nadie ni caso, la hormiga Nicasia.

Hay una ventana en la biblioteca que mira al mar. Hay una ventana que pretende ser una mirada al infinito, a la calma, la belleza y el respirar. Pero en esta ciudad eso no existe. Quizás allá alto en las laderas, donde se expande el piche negro, cogiendo tabaibas y cardones, donde ladrillo tras ladrillo se comienza a construir otra ciudad dentro de esta. Quizás allá arriba sí, haya silencio, pero no en esta biblioteca, no en esta ciudad.

Primero fue Guaya, ella tenía el corazón roto de perderse en relaciones que siempre se acababan y sólo quedaba ella, echa pedazos, tirada en el suelo. Dos trabajos, de colegio en colegio por las mañanas, particulares por la tarde. Tres meses de retraso del pago de la nómina, 31 años y ganas de llorar. Ella vivía al lado de la biblioteca. No era tan consciente del ruido estruendoso de afuera, el suyo propio la envolvía. Aunque vivía cerca iba a la ventana a respirar. Compartiendo piso con dos compañeras que jugaban a la switch, fumaban maría y salían de fiesta. Dos compañeras que nunca limpiaban la casa y aquello parecía un pisito de estudiantes de 18, y no el piso de treintañeras que ella soñaba. No podía huir hacia dentro, no había hueco en casa para esconderse, no podía huir al trabajo, no podía huir al mar, no en esa ciudad, ningún parque, ninguna plaza silenciosa, sólo el marchitarse día tras día, el echarse la culpa a ella, de que todo lo hacía mal.

Luego fue Arminda, buscaba un lugar donde esconderse, y se sentó frente a la ventana a imaginar que surcaba las olas hacia la isla de enfrente, al salitre y el sol, hacia los veranos asadas en Gran Tarajal. Trabajaba tres días en semana, eso no daba pa' na'. Hacía que los viejitos se movieran en el aula del mayor y tenía algunos pacientes, sin cotizar, por la tarde. El resto, esperar. En la playa, en la ventana frente al mar, esperar. No soportaba estar en su casa, no desde que su hermano le atravesó la cara y ni las órdenes de alejamiento fueron suficiente para que sus padres pusieran la seguridad de ella por encima de la de él.

Un día se encontraron, las dos buscando el atardecer, aunque el sol diera para el otro lado de la isla, queriendo buscar el cinturón de venus sobre el mar, ver las plataformas petrolíferas a lo lejos y olvidarse del barrullo de coches, guaguas sin control, del corazón roto, la cuenta vacía, la bofetada en la cara y el dolor de no saber cómo escapar de aquella realidad, aquel ruido y aquella ciudad.

